

Cultura y relaciones sociales en el cafetal francés del suroriente de Cuba (1800-1868)

Maciel Reyes Aguilera

Como categoría simbólica, el cafetal francés del siglo XIX en el suroriente de Cuba se convirtió en un producto de prácticas culturales que transformaron la naturaleza y, por ende, el paisaje a través de la reconstrucción identitaria de la región. En este sentido, es necesario referirse a dos elementos fundamentales: el macromundo socioproductivo y el micromundo doméstico. En ambos están presentes rasgos de la cultura francesa imbricados con la criolla, la española y la africana. Además, el afán de modernidad llevó a un arduo trabajo agrario que llenó las montañas de gusto, refinamiento y progreso.

Estudios realizados por las profesoras María E. Orozco Melgar (2008, 2015), Yaumara López Segrera (2009), Olga Portuondo Zúñiga (2014) y Aida Liliana Morales Tejeda (2015) señalan que en el campo se trataron de implantar modos de vida similares a la cotidianidad urbana. La mayoría estaban marcados por las influencias que llegaban desde la metrópoli. Sin embargo, el hombre y la tierra convirtieron este espacio en un mundo vernáculo y afrancesado. La generalidad de las familias moraban en los cafetales, las casas en la ciudad eran para cortas estancias, alquileres o el efecto de diligencias. En las haciendas ocurrían el nacimiento de los hijos, la educación, la muerte e incluso los entierros y algunos casamientos. Era el lugar perfecto para habitar y producir (López, 2009).

Independientemente que la distinción entre clases concebidas por el sistema de plantación esclavista “[...] condicionó la diferenciación de expresión arquitectónica de las construcciones habitacionales para cada clase social en la hacienda cafetalera, constituyendo la casa del dueño la de mayor relevancia”(Rizo, 2005, p. 115). Por tanto, este estudio se concentra en dos puntos esenciales: el espacio interior como contenedor de objetos

significantes que ayudan a la consolidación de esas jerarquías; y el exterior, como extensión cultural del mismo.

Lo primero que llamaba la atención de cualquier visitante o viajero que llegaba a las haciendas era la vegetación exuberante. Dentro de los árboles maderables más comunes estaban el fustete, brasilete, caobas, ácanas, cedros, palmas y majaguas. El fresco temperamento de la sierra admitía todo tipo de cultivos de frutas de Europa (O-Donell, 1847, p. 221). Ya describía Piron (2015, pp. 123-125) estos parajes en su visita al cafetal Santa Margarita cuando en “un valle encantador” se encontraban gigantescos árboles de mango de frutos sabrosos, naranjos, lilas, palma Cristi, bananos, jazmines, guayabos, cocoteros, bija, zapotes, guanábanas, pomarrosas, aguacates, chirimoyas, tamarindos, granadas, sandías, caguajajas, piñas y pistachos.

Luego, en un recorrido junto a su amigo Pedro Marsilly por la Gran Piedra, a la que llamó “peñasco”, se refirió a otras plantas como las quiebrachas, algarrobos, ébanos y caobas. Explicó, además, cómo junto a las frutas endémicas de la isla se mezclaban los duraznos, peras, uvas y fresas (Pirón, 2015). En el jardín de la Fortuna, Luisa Girard observaba con admiración el florecer de jazmines, hibiscus, heliotropos, geranios y cómo las esclavas hacían ramos con rosas y embelesos (Portuondo, 2014).

Por otro lado, Marie Régnier, segunda hija de José María Heredia Girard, en su obra *Le séducteur* basada en las memorias de sus tías señalaba que:

Durante el día, el campo estalla en colorido con las palmas reales, los cedros y las gigantescas ceibas, el galán de noche, las rosas de China, flores de pascua, las mariposas, los senserenicos, los colibríes, los ríos y las cascadas [...], los grandes flamboyanes de flores tan rojas que, a lo lejos, parecen árboles de fuego; y los vainilleros, de vainas olorosas, y los alcanfores embalsamados, los papayeros y los platanales de follaje inmenso, y el árbol de la goma, y el árbol del pan, y todas las lianas de mil matices que enlazan ciertos troncos y que caen en racimos, en estrellas o en corimbos (Portuondo, 2014, pp. 57-63).

Luego de los bosques de hermosa naturaleza se discernía la antesala de la casa señorial. Gigantes jardines estructurados por un “conjunto de contenedores de vegetación, conformados a partir de la interrelación de diversas figuras geométricas simples, que combinadas entre sí definen contenedores con formas más complejas que realzaban la belleza del batey”

(Rizo, 2005, p. 116). Es muy probable que estos modelos vinieran de Francia y tomaran como referentes los escritos sobre la obra paisajística de Le Nôtre. Tanto Beauvallon (2002) y Marie Régnier (Portuondo, 2014) como Piron (2015) hicieron mención al gran número de flores de Europa que se encontraban en estos vergeles y cómo se “mezclaban sus formas, sus colores, y sus perfumes con los de los arbustos de la zona tropical” (Beauvallon, 2002, p. 283). Las plantas florales eran importadas en posturas o semillas desde Francia hasta el puerto marítimo de Santiago, luego pasaban a almacenes donde, por tracción animal, eran transportados a las plantaciones cafetaleras.

En los terrenos aledaños quedaban las estancias y conucos sembrados de boniatos, malangas, calabazas, plátanos, ñames, frijoles y todo tipo de viandas y cereales para el consumo general. En las caballerizas y corrales estaban los animales de crianza, labranza y transportación. Los mejores caballos alazanes eran de andadura o trote y para silla de marcha, a los cuales los señores compraban espuelas, fuetes, gruperas y frenos. Algunos hacendados mantenían sus coches con el peculio obtenido de las plantaciones e inscribían sus quitrines en la matrícula de carruajes de lujo correspondiente con las diferentes clases.

Otros animales empleados dentro las haciendas eran los bueyes, toros capados que servían para largas jornadas de trabajo en el arado y tracción de carretas y carretones. Las vacas y cabras producían la leche con la cual se elaboraba el queso, la mantequilla y otros insumos. Los verracos se dejaban para padrotes y los cerdos o machos capados junto a las ovejas estaban destinados a la matanza, al igual que algunos novillos, los cuales en ocasiones especiales como fin de año se les cocinaban a los esclavos (Archivo Histórico Provincial de Santiago de Cuba, 1832, 1833 y 1834, Gastos de Mantenimiento de cafetales). Los extensos sembradíos de yerba de guinea se utilizaban en la alimentación del ganado. Existían, asimismo, gallineros y palomares para la producción avícola, disminuyendo así los gastos de importaciones.

Las casas señoriales o casa almacén de uno o dos niveles estaban bien ventiladas. Tenían grandes puertas y ventanales a la francesa, como en el Hermitaño (AHPSC, 1840, Testamentaria de Luisa Dinét), de modo que se aclimataban al trópico y permitían la contemplación de la naturaleza circundante. Las salas constituían verdaderos espacios de socialización; junto a mesitas esquineras se ostentaban otras de mayores dimensiones

decoradas con jarrones llenos de ramos de flores europeas recogidas en los jardines (Beauvallon, 2002, p. 282). Allí la familia realizaba tertulias, reuniones y recibimientos sentados en sus sillones, balancines y taburetes de cedro y caoba o repujados con cuero, en ocasiones con pajilla, material que ayudaba a la transpiración. Las señoras con sus hijas tejían reposadas en los sillones o sofás¹, pañuelos y ropas para la propia familia, utilizando las más pudientes agujas, dedales, alfileres de plata e hilos de seda.

Las paredes forradas con listones de madera preciosa estaban decoradas con relojes normales o pendulares. Colgaban espejos de mediano y gran tamaño con marcos dorados, algunos importados desde Francia; se alzaban sobre mesitas torneadas, otros eran montados en caoba.

Los retratos familiares no faltaron; podían estar acompañados de cuadros pictóricos con sus marcos tallados representando temas bíblicos, literarios o grabados de Napoleón. En este sentido, se encontró un gran número de representaciones napoleónicas en el almacén de Antonio Piron: diez bustos, doce cuadros, un grabado, once estatuas pequeñas y doradas (Archivo Nacional de Cuba [ANC], 1834, Inventario del almacén de Antonio Piron). Esto demuestra que existía intercambio comercial con la comunidad francesa y que existió una especie de culto hacia la figura del emperador, pues a pesar de la expulsión tenían mascarillas y retratos suyos, como fue el caso de la familia Trenart.

Para la iluminación por las noches utilizaban quinqués de bronce con vidrios que protegían las mechas, candelabros y velas con sus guardabrisas; sin embargo, en las casas de mayor lujo, como La Fortuna, existían lámparas con tubos de cristal cuyo combustible era a base de aceite. La señora Luisa Girard se encargaba, entre otras cosas, de la compra de un “[...] círculo de cobre para la lámpara del salón y selección de algunos vidrios” (Portuondo, 2014, p. 112) cuando su esposo no estaba en la hacienda.

No pocos bateyes cafetaleros poseían biblioteca. El hábito de la lectura constituyó una práctica cultural dentro de la comunidad francesa. La instrucción de los hijos se hacía de manera cotidiana. La literatura de primera clase y actualizada llegaba a través del Atlántico, cuestión que llamó la

¹ También fueron encontrados sofás de madera con pajilla como en la hacienda Santa María, perteneciente a Juan Bautista Manet Petit.

atención de Beauvallon (2002) cuando madame Dutocq analizaba, como jugando “las obras de los escritores del momento” (p. 282). La variedad de títulos era impresionante, La Fortuna tenía en su biblioteca:

Dos volúmenes de Plinio el Viejo, seis de Plinio el Joven, seis de Séneca, seis de Plauto, y varios de diferentes poetas, veinte de otros textos, libros de grabados, biografías de contemporáneos. También obras de Virgilio, Tiburcio y Horacio [...] la biblia y una bella colección de libros religiosos y de Lamartine (Portuondo, 2014, p. 121).

Mientras que en la Sidonia, Enrique Bazelais compró para la educación de su hijo natural Antonio Florencio Miguel: “dos tomos de gramática de las gramáticas y de L’homond, dos de usos y costumbres, uno de análisis lógico y de historia moderna” (AHPSC, 1840, Intestado de Enrique Bazelais). Hombres de negocios como el hacendado don José Alberto Dufourg llegó a tener más de 73 libros con variedad de temáticas. Diccionarios de francés, español, medicina y casa rústica, novelas y los libritos para niños no faltaron. Los ejemplares estaban ubicados en libreros o encima de los escritorios de pino, caoba o cedro. Estos últimos constituían muebles distinguidos, asociados a la escritura, otra práctica poco generalizada: el acto de escribir era característico de personas con algún grado de educación o afines a los negocios.

En este sentido, el escritorio tenía no solo una función material, sino también simbólica. En él se hallaban papeles pintados, blancos y el ilustre pergamino de florete (López, 2018, p. 51), cartillas finas, lápices, plumas y lapiceros fundidos en oro o plata (AHPSC, Documento del hacendado José Doufoug). La tinta podía estar en botecitos o botellas y nunca faltaba el papel de cartas para mantener la correspondencia con familiares, amigos y socios o los libros en blanco, atinados en los momentos de sacar cuentas.

En las bibliotecas se hacían reuniones de negocios. La mayoría de los propietarios realizaban las operaciones de exportación y comercialización de productos a través de las compañías más importantes de la ciudad como: Wright y Shelton de Estados Unidos, Lestapis y hermanos, los señores Faure, Coroneaux y Brooks & Cía de Francia. Es posible que la redacción de muchos autos testamentarios ocurriese en este lugar, para lo cual eran invitados escribanos, traductores, vecinos que fungían como testigos y el capitán del partido. Era un lugar de estudio, escritura y meditación donde

es probable que estuviesen bustos pequeños de Napoleón sobre mesitas de maderas del país², relojes de alabastro con sus floreros y algún que otro escaño³ (López, 2018, p. 50) de cedro.

Cerca de estos espacios se encontraron otros para el disfrute musical. Allí estaban ubicados instrumentos como los pianos de gran tamaño, que eran llevados a las haciendas en las arrias de mulos. La instrucción musical fue otra práctica común dentro de las familias acomodadas, reconocida por los visitantes. Beauvallon se preguntaba cómo en las montañas podían aprender tan sólidamente sobre literatura y música. Madame Girard, con ayuda de Jules Raoulx, le daba lecciones a su pequeño José María y Marie Régnier hacía referencia a un tal “Cristóbal, racionalista e irreligioso que tocaba el violón” (Portuondo, 2014, pp. 111-182).

Las flautas, guitarras y violines fueron de mucho uso; se compraban cuerdas de repuesto, papel rayado y cuadernos de música impresos. Es probable que su uso se reservara para las serenatas nocturnas que se hacían en las noches acompañadas de estos instrumentos. En los salones de la casa-almacén se realizaban grandes festividades a las que “los catalanes llamaban de modo despectivo zaraos o arribotas” (Orozco, 2015, p. 18). Estas fiestas se distinguían por el gusto refinado y las últimas tendencias modernistas. Allí los invitados principales siempre eran los compañeros de viaje, los coetáneos y los propios descendientes.

Partidos como el de Ramón de las Yaguas tenía un grupo importante de hacendados que mantenían estrechos vínculos comerciales con Francia. Entre ellos se encontraban procedentes de Burdeos don Roque Bailere y Pedro Oscar Durive; este último era capitán del propio partido. Estaban también Juan Bautista Duverger, Teodoro Lateulade y el carpintero Arnaud Vernadet, por lo que llegaron influjos con sistematicidad. En momentos de ocio, además de los cantos y bailes, se realizaban juegos de mesas como

² Aunque en los inventarios realizados en las haciendas no se han encontrado, hasta el momento, evidencia de estos bustos, no se puede ser absoluto, pues propietarios cafetaleros como Antonio Piron tenía docenas de retratos escultóricos de diferentes tamaños y colores de Napoleón en sus almacenes.

³ Mueble largo con espaldar en el cual pueden sentarse tres o más personas. No es tan bajo como el sofá, parece una silla larga y de igual altura. No fue común en las haciendas, sin embargo, la familia franco-domingoís de don José Maroto conservaba este tipo de asiento.

el ajedrez y las barajas, lo cual muestra que las opciones recreativas no estaban exentas a la vida en la ciudad.

Un lugar de igual importancia para el desarrollo de la vida cotidiana eran las habitaciones o aposentos. Estos cuartos con camas, armarios, cómodas, baúles y mesitas de caoba y cedro estaban a disposición de la vida íntima de sus dueños. Dormir de una manera tranquila y cómoda era necesario, para ello las camas de madera o bronce con sus pilares tenían colchones mullidos, vestidos con sábanas de coleta y de la seda más fina. Las almohadas de algodón o plumas se vestían con fundas de suaves telas. Cuando las temperaturas eran más bajas se cubrían con frazadas de algodón. El uso del mosquitero fue obligatorio en la protección contra las picaduras de insectos, sobre todo de los más pequeños, que eran arropados en artesanales cunas de madera.

En las paredes de los aposentos se mostraban cortinas al lado de las ventanas para tamizar la luz solar, sin evitar la entrada de las brisas. Los retratos de santos como San José o la Virgen de la Caridad (López, 2018, p. 49) no podían faltar, sobre todo en las noches de oración cuando se rezaba lo suficiente antes de acostarse, como lo exigía la tradición católica. Este hecho fue importante para algunas señoras hacendadas, pues tanto Luisa Girard como Magdalena Petit levantaron en sus terrenos capillas para la devoción.

En los lechos también se desarrollaban actividades de higienización y tratamiento médico. Se tuvieron palanganas y bañeras redondas con jarros, así como pediluvios de hojalata. Los señores se depilaban con navajas. Los jabones destinados al aseo eran de diferentes esencias y colores e, incluso, de marcas americanas como la Colgate (López, 2018, p. 49) o la Castell⁴.

Por otra parte, el parto de las señoras ocurría en estos espacios, ya fuese por manos de las negras parteras o médicos de la comunidad que atendían de forma periódica las dolencias familiares. Entre los más reconocidos estaban don Juan Danguilecourt, natural de Francia, doctor de los Marsilly,

⁴ En los avalúos de gastos realizados en la hacienda Santa Isabel de Pedro Marsilly apareció una caja de este jabón.

y don Alberto Savine, natural de Altos Alpes, quienes devenidos caficultores poseían algunas tierras al mismo tiempo que ejercían la profesión.

La medicina tradicional era bienpreciada y se hacían gastos especiales para determinadas enfermedades. En 1845 Pedro Marsilly compraba para su madre convaleciente: marca cantárida y unguento para vejicutorio, alcanfor y cañafistula, goma y sal de medicina, azafrán y flor de medicina, sanguijuelas, un cuero para la cámara, manteleta bobiné negra y una botella de clorus (AHPSC, 1848, Autos testamentarios de Isabel Bataille, p. 48).

Cerca de las camas se encontraban las cómodas hechas de madera con piedras de mármol y espejos, que contenían cualquier tipo de objetos destinados al embellecimiento. Se usaron pequeños frascos de colonia y esencia de rosas, escobillas de cabeza, peines de marfil, peinetas de caguama, ganchos para el pelo, hebillas y cajoncitos con espejitos en los que, probablemente, guardarán la cascarilla, un polvo facial utilizado en oriente por las criollas. Los cofres, pequeños muebles cerrados en los cuales se guardaban objetos de apreciado valor, eran idóneos para guardar alhajas de oro y plata, joyas, perlas, collares de cuentas de vidrio, pulseras y sortijas; por lo que tener varios en una casa era símbolo de acomodo y marcaba buena posición social.

Las damas gustaban de comprar en las mejores joyerías de la ciudad. Algunas señoritas como las hijas de Juan B. Manet Petit, encargaban en el “Taller de platería, compra de diamantes, metales y piedras preciosas”, perteneciente a don Prudencio Piroya, yerno de aquel, aretes y collares engarzados en oro (ANC, 1851, Testamentaria de Juan Bautista Manet Petit).

Entre los muebles de importante función utilitaria y decorativa estaba el armario. Toda alcoba cafetalera tenía al menos uno, realizado con alguna madera preciosa. En ellos se guardaba, como en Francia, el avituallamiento del hogar, incluyendo la ropa y los zapatos. Los trajes que se mostraban en las fiestas o en los viajes a la ciudad se resguardaban entre el olor del cedro, la caoba y el pino.

Según el investigador Ismael Sarmiento (2004), la preocupación por el buen lucir se acentúa en la Cuba colonial de finales del siglo XVIII e inicios de XIX, porque “[...] es la época en que más se acentúan las diferencias en el nivel de vida entre los distintos estamentos, y la de mayor propensión al consumo y al lujo por parte de la clase dominante” (p. 161). Francia se

convierte en ícono de la moda y referencia obligada para la aristocracia americana.

Las hacendadas francesas y domingois usaban vestidos con mucha elegancia. El túnico fue un atuendo muy empleado, además de constituir un elemento innovador en la evolución de la moda en Cuba (Sarmiento, 2004). Lo portaban de telas como el alepín, el estambre e incluso de crespón, con guarniciones de flores y gasa. Aparecen, además, los mantones y mantas de seda, chales de velillo con broches para los cierres, y medias que de manera general eran de color negro.

Los pañuelos eran de uso obligado; existió gran variedad de telas, formas y colores como los de velillo y de marca Bautista. El algodón fue uno de los tejidos más frecuentes, asimismo el tafetán y la seda. Los accesorios eran verdaderas decoraciones, las francesas distinguidas tenían abanicos de varillas de marfil. Se portaban carteras de tafilete, alfileres con prendedores para el pelo, guantes largos amarillos, blancos, negros y sombrillas para protegerse del sol. Según la investigadora María Elena Orozco (2008, p. 126):

En el marco urbano los artículos y tejidos que se vendían en la ciudad llegaban directamente desde “la capital de la moda”, París: vestidos de muselina francesa en todos los colores, encajes de Valenciennes, telas de moaré, chales, zapatos para niñas y mujeres, guantes de todos colores, crinolinas, collares, prendas, etcétera.

Dentro del calzado de mayor uso estuvieron los botines, botas y zapatos de escarpín generalmente de una sola suela y de una costura que se hicieron habituales en la clase alta (Sarmiento, 2004, p. 176), los cuales dejaban ver las finas medias de seda. Apareció, como uno de los favoritos, el nombrado zapato Napoleón, que amén de ser una marca o estilo estuvo presente en numerosos inventarios de la época.

En el caso de los hacendados el vestuario estaba a la altura del peculio obtenido con las ganancias de las plantaciones. Aunque por las altas temperaturas, típicas de la región oriental, la prenda más usada fue el pantalón de dril blanco y la camisa, también se tuvieron trajes más formales. Las camisillas fueron muy demandadas sobre todo las de franela, tejido que durante el XIX continuó su uso en el campo por ser mal conductor del calor y buen absorbente del agua (Sarmiento, 2004).

Asimismo, se vestían con chaquetas, chalecos, casacas, chupas, levitas, capote y pantalones de paño y alepín. Las camisas se remataban con botones de nácar, oro o plata y los corbatines más finos eran de seda. Uno de los trajes que exhibía esta élite fue el paletó, que consistió en un “[...] gabán de paño grueso, largo y entallado, pero sin faldas como el levitón” (Morales, 2015, p. 194). Así la mayoría de los hacendados encargaba las telas a Francia y confiaban en la mano de modistas reconocidos en la ciudad como la sastrería Arnoult, procedente de Nantes, que se situaba en la calle Enramadas y era muy demandado por las familias francesas de la urbe.

Los sombreros fueron accesorios muy portados; podían ser de copa decorados con cintas o hebillas. En los avalúos testamentarios se hace referencia al sombrero de paja, también conocidos como *canotier*⁵, prenda que llegó a través de los franceses y era utilizada por los hombres del mar para protegerse del sol. En América, y especial en Cuba, fue usado por adaptarse al clima tropical. De notable influencia francesa, fue común en el campo; los señores gustaban de decorarlos con cintas de color negro. En cuanto al calzado de uso diario estaban las botas y botines de charol y el nombrado Napoleón con hebillas, aunque al igual que las damas portaban escarpines.

Los accesorios masculinos eran objetos de muy buen gusto; por lo general, llevaban relojes de bolsillo de oro o de plata con sus leontinas. Los bastones, también de oro y plata, y empuñaduras galantes, mostraban la prestancia de cada uno de sus dueños. “Eran sinónimo de distinción entre los hombres que lo portaban generalmente en la mano izquierda, el lado donde los aristócratas llevaban las espadas antes de la Revolución Francesa” (Basterrechea y Artigas, 2007, p. 21).

La mayoría de los aditamentos mencionados eran de etiqueta. El uso del traje a la francesa, asociado a la aristocracia europea, fue un signo distintivo de los nobles. La investigadora Aida Morales Tejeda (2015) asevera que “[...] resulta evidente como la cultura material de la vida cotidiana en los espacios domésticos de la élite de Santiago de Cuba en el siglo XIX, se enriqueció ampliamente con la presencia gala” (p. 174).

⁵ Este accesorio de copa recta con la parte superior plana y ala corta y rígida, generalmente adornado con una cinta de color o negra; en la ciudad fueron reservados para situaciones de etiqueta mientras en la zona rural tuvo un uso más cotidiano.

Uno de esos espacios hogareños que mejor reflejó dicha influencia fue el comedor. Poseía, por lo general, una gran mesa con sus sillas de caoba o cedro decoradas con jarrones. Constituyó un lugar especial para comer y socializar con familiares y amigos o al decir de la investigadora Yaumara López para “agasajar a los huéspedes”. Toda la tradición cortesana de buen gusto estaba expuesta sobre la mesa. Se vestía con finos manteles de coleta o de hule. Los juegos de cubiertos en su mayoría de plata, lustrado por los criados más diestros: cucharas grandes para sopa, normales o pequeñas para endulzar el café, platos de porcelana, copas y copillas con sus jarras, eran del uso diario. Los trinchantes con tenedores eran perfectos para las carnes asadas. Tenían también saleros y azucareras que podían ser de diferentes materiales como la lata, en el caso de los menos pudientes; y el vidrio o la plata para los de mayor lujo.

En sentido general, los hábitos alimenticios estaban regidos por la buena cocina francesa, puesta a manos de las domésticas criollas más diestras. Viajeros y visitantes “[...] cuando hablan del uso de la cocina internacional en Cuba se remiten con especificidad a la francesa, circunscrita casi siempre a las casas de los ricos, hoteles y restaurantes, lo que sugiere muy pocos vínculos con el cubano común” (Sarmiento, 2005, p. 75). No obstante, en las plantaciones del oriente del país desde el desayuno hasta la cena, pueden encontrarse variedad de alimentos que remiten a la alta cocina francesa.

El hacendado español Agustín de la Texera afirmaba que: “[...] el café fue la bebida de los pobres que no podían consumir el lujoso chocolate; el primer alimento que se toma en la mañana y el último que se sirve en la comida” (Sarmiento, 2005, p. 72). Sin embargo, esta fue una costumbre española pues “[...] a partir de 1830 los cubanos criollos van abandonando el consumo de chocolate por el del café” (Lamore, 2013, p. 8) y llegó a ser una manera de distinción cultural. En las haciendas cafetaleras se hizo común el consumo de café al punto de ofrecerse a las visitas y convertirse en hábitopreciado.

La mantequilla y el pan francés estuvieron reservados incluso para diferentes momentos del día. Marie Régnier explicaba cómo en las comidas “[...] las bellas cuarteronas de brazos desnudos [...] servían en cestas tejidas, los panes exquisitos hechos por los panaderos de la casa” (Portuondo, 2014, p. 62). Es probable que fuese así, pues en los inventarios y cheques de

compras se encuentran con recurrencia ingredientes como harina, manteca, aceite de coco y azúcar, utilizados en la repostería. Asimismo, era tradicional el consumo de alimentos asados, por ello no es de extrañar que en casi todas las cocinas cafetaleras existiesen hornos para la elaboración de estos platos. Según Boytel (citado por Rizo, 2005, p. 118), la cocina, letrina, baños o habitaciones innobles quedan totalmente separados de la casa; regla general, establecida para evitar la contaminación del café en el área de almacén, con los humos y humedades que podían generar el funcionamiento de estas instalaciones y que podían afectar o modificar su aroma.

El consumo del arroz y frijoles se hizo cotidiano, así como el calalú que consistía en mezclar carnes con legumbres. Al decir de Ismael Sarmiento (2005) en la Jurisdicción de Santiago de Cuba, “[...] de los alimentos introducidos por los inmigrantes de Saint-Domingue, hicieron suyo el uso de la pimienta, del arroz congrí, de la harina de maíz cocida con carne, del domplen o domplim y otros muchos platos y dulces populares” (p. 75).

En el caso de las bebidas, existió una gran variedad. Desde Francia y España se importó lo mejor en vinos. En los vales de compras e inventario de los almacenes se encontraron garrafones o botellas de vinos procedentes de Jerez y Medoc. La presencia de los viñedos del Sur de Francia fue de consumo habitual en esta región. El aguardiente se compraba en grandes cantidades y se tienen referencia del consumo de ron, brandy y coñac.

En general, tanto la elaboración de los alimentos como la importación de las bebidas alcohólicas mostraron cómo las familias de hacendados eran receptoras y practicantes de muchos rasgos de su cultura originaria, lo cual dice mucho del nivel económico alcanzado gracias a la explotación de sus plantaciones.

El modo de vida de los hacendados de origen francés no fue inferior al que se tenía en la ciudad. Las variantes estuvieron propiciadas por las características propias de la zona rural. El amplio territorio campestre permitió no solo la plantación de diversos cultivos, sino también la creación de jardines alrededor de las haciendas en los cuales se encontraban plantas y trabajos de jardinería traídos desde Francia.

Los hábitos y costumbres fueron permeados por la cultura francesa. Los libros con fines educativos, recreativos y cristianos eran importados. Los aditamentos para la higienización y el aseo personal eran variados, tanto de

origen francés como del sur de los Estados Unidos, donde existía una fuerte comunidad con nexos muy próximos a los hacendados del suroccidente de Cuba.

Las casas señoriales se adaptaban al clima tropical al permitir la contemplación de la naturaleza circundante y convertirlas en lugares para habitar y vivir. Las maderas utilizadas en la construcción fueron por excelencia: caoba, cedro, pino y palma real con las cuales se tallaba, por ebanistas y esclavos dedicados al oficio, todo el mobiliario de uso doméstico.

Las prendas y alhajas finas eran encargadas a las mejores joyerías de la ciudad, en su mayoría de propietarios franceses. La moda siguió el gusto parisino y se aclimató a las características de la vida en el campo, sin perder la elegancia. Los accesorios más preciados serían los sombreros como el canotier, guantes y las botas y botines para andar por el campo.

La comida y la bebida fueron de primera calidad. Los vinos de mayor referencia fueron los tintos de Jerez y Medoc, pero no faltaron los rones, el brandy y el coñac. Los insumos, importados en su mayoría, demostraron una práctica constante de los hábitos alimenticios franceses. Al mismo tiempo que se fueron imbricando con la cocina criolla en manos de las esclavas más diestras.

Los elementos referentes a los modos de vida en las haciendas cafetaleras del suroriente de Cuba constituyen parte indisoluble de la cultura nacional. La producción agraria, las relaciones de endogamia entre familias, sus ritos, costumbres y tradiciones, hábitos alimenticios, así como el uso del vestuario y objetos domésticos son expresiones que evidencian el aporte francés a la construcción social de lo cubano.

Referencias

ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL DE SANTIAGO DE CUBA (1832-34). Juzgado de Primera Instancia, no. 129, f. 1-3. Santiago de Cuba, Cuba.

ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL DE SANTIAGO DE CUBA (1840). Juzgado de Primera Instancia, no. 603, f. 1. Santiago de Cuba, Cuba.

ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL DE SANTIAGO DE CUBA (1834). Audiencia de Santiago de Cuba, no. 557, f. 12,907. La Habana, Cuba.

- ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL DE SANTIAGO DE CUBA (1840). Juzgado de Primera Instancia, no. 604, f. 4. Santiago de Cuba, Cuba.
- ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL DE SANTIAGO DE CUBA (1849). Juzgado de Primera Instancia, no. 658, f. 4. Santiago de Cuba, Cuba.
- ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL DE SANTIAGO DE CUBA (1848). Juzgado de Primera Instancia, no. 654, f. 8. Santiago de Cuba, Cuba.
- ARCHIVO NACIONAL DE CUBA (1851). Audiencia de Santiago de Cuba, no. 551, f. 12,783. La Habana, Cuba.
- BASTERRECHEA, T. Y ARTIGAS, X. (2007). *Marcos de vida: influencias de la moda francesa en Santiago de Cuba: 1830-1868*. (tesis de diploma). Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, Cuba.
- BEAUVALLON, R DE. (2002). *La isla de Cuba*. Santiago de Cuba: Editorial Oriente.
- LAMORE, J. (2013). El café, tercer personaje de la economía de Cuba. *Actes del Coloquio Fruits de la terre*. Paris: Indigo et Côté femmes éd.
- LÓPEZ, C. (2018). *Aportes culturales de la presencia francesa en el partido Ramón de las Yaguas*. (tesis de diploma). Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, Cuba.
- LÓPEZ, Y. (2009). *Del paradigma Tecnológico al Paisaje Arqueológico: presencia francesa y cultura del café en el sudeste cubano en la primera mitad del siglo XIX*. (tesis de doctorado). Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, Cuba.
- MORALES, A. (2015). *El signo francés en Santiago de Cuba*. Santiago de Cuba: Editorial Oriente.
- O-DONELL, L. (1847). *Cuadro Estadístico de la siempre fiel Isla de Cuba correspondiente al año de 1846*. Recuperado de https://www.google.com/url?sa=t&source=web&rct=j&url=https://books.google.com/books/about/Cuadro_estadistico_de_la_siempre_fiel_is.html
- OROZCO, M.E. (2008). *Génesis de una ciudad del Caribe. Santiago de Cuba en el umbral de la modernidad*. Santiago de Cuba: Ediciones Alqueza.
- OROZCO, M.E. (2015). Lo francés en la construcción sociocultural de lo cubano. En Moreau-Lebert et Dubesset (ed.), *Les Amériques. Relire*

José Martí au seuil du xx^e siècle (pp. 57-83). Bordeaux: Presses Universitaires de Bordeaux-Pessac.

PIRON, H. (2015). *La isla de Cuba*. Santiago de Cuba: Ediciones Santiago.

PORTUONDO, O. (2014). *Francia y Haití en la cultura cubana*. La Habana, Cuba: José Martí.

RIZO, L. (2005). *La arquitectura cafetalera del siglo XIX en Santiago de Cuba*. (tesis de doctorado). Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, Cuba

SARMIENTO, I. (2004). *Cuba entre la opulencia y la pobreza. Población, economía y cultura material en los primeros 68 años del siglo XIX*. España: Agualarga Editores, S.L.

SARMIENTO, I. (2005). Ajiaco o cocido/aguardiente o vino. La diferenciación cubano-española vista a través de la alimentación (siglos coloniales). *Del Caribe*, 46, 70-81.